

DESCOMPOSICIÓN DE LA MASCULINIDAD PERUANA EN *BIOY* DE DIEGO TRELLES PAZ

POR

ERIKA ALMENARA
University of Arkansas

En varios de los testimonios recogidos por el Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación para ser incluidos en la sección titulada “Secuelas del conflicto”, muchos varones afectados directamente o no por el conflicto armado interno y los gobiernos de Alan García y Alberto Fujimori han expresado “no somos los mismos”, señalando con ello el impacto dañino que este tiempo de violencia política, corrupción y violación a los derechos humanos ha tenido en sus identidades como varones (354).¹ A partir de dicho conflicto y gobiernos, pues, miles de peruanos fueron, por un lado, víctimas de torturas, abusos y actos de humillación; mientras que, por otro lado, muchos de ellos fueron los perpetradores de dichas acciones. Con esto, víctimas y victimarios debilitaron y, en algunos casos, destruyeron la manera de concebirse como sujetos pero también como comunidad. Así, los procesos y relaciones que se generaron a partir de dichos gobiernos y conflicto produjeron determinadas consecuencias que posicionaron a la masculinidad y sus efectos en los cuerpos y subjetividades en un lugar distinto al previo de los mismos.

Estas consecuencias y sus huellas en la masculinidad peruana, se encuentran representadas en la novela *Bioy* (2012) del escritor peruano Diego Trelles Paz.² La

¹ En mayo de 1980, el Perú se preparaba para llevar a cabo elecciones. Los ojos de la nación peruana estaban abstraídos por el desarrollo de este proceso que venía a darse después de dos gobiernos militares. Es debido a este despiste que no se advierte y se cataloga como suceso poco importante la quema de varias urnas electorales en el pueblo ayacuchano de Chuschi a cargo de cinco enmascarados pertenecientes al Partido Comunista del Perú. Este evento encarna la primera expresión de violencia perpetuada por el Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso, el cual había sido fundado en 1970 por un profesor de la Universidad de Huamanga llamado Abimael Guzmán (Presidente Gonzalo). Entre 1980 y 2000 el PCP Sendero Luminoso y el Estado peruano mantuvieron una guerra cuya extrema violencia dejó secuelas en la sociedad peruana. Este tiempo es conocido en el país como “el tiempo del dolor” y “el tiempo del miedo” (Gutiérrez 353).

² Diego Trelles Paz (1977) es un escritor y guionista peruano (*Como si la muerte fuera para ellos*), conocido por su obra literaria y por su trabajo como crítico, antologador y colaborador de numerosas publicaciones culturales (diarios peruanos *Expreso* y el *Comercio*). Estudió cine y periodismo en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Lima. En el año 2001 terminó una maestría en

novela transcurre entre 1986 y 2008 y cuenta la historia de una serie de personajes varones que se ven impactados y degradados por la violencia política, la corrupción y la violación a los derechos humanos que se generaron, precisamente, a partir de los gobiernos de García y Fujimori, y del conflicto armado interno; y que llevan al personaje principal, Bioy, a transformarse en un delincuente.

En el Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación se explica que la violencia generada en el país durante el conflicto armado interno convirtió a esta, la violencia, en un *modus operandi* a través del cual, especialmente los varones, comenzaron a reproducir los hábitos de conducta impuestos en su entorno social por los agentes de las fuerzas de seguridad del Estado y los miembros de Sendero Luminoso. Esto se debe a que como señala el Informe, “los mecanismos culturales formados durante mucho tiempo habían sucumbido en muchos casos o simplemente no pudieron resistir una forma inusitada de violencia” (376).³ La investigadora en derechos humanos y violencia política Jo-Marie Burt, por su parte, nos recuerda que las diferentes investigaciones realizadas en torno a sociedades que han vivido o atravesado periodos prolongados de violencia política, como ha sido el caso del Perú, han subrayado que la violencia remodela o reordena los significados sociales y políticos (“Quién habla” 42). De ahí que la masculinidad se viera impactada por esta violencia y los modelos desde los cuales se infringía la misma. En su artículo dedicado a la masculinidad como homofobia, Michael Kimmel sostiene que la violencia es por lo general el marcador más evidente de la masculinidad por lo que en una sociedad como la peruana de esos años en donde la violencia era especialmente un reorganizador social, el varón relacionara intensamente a la violencia con la masculinidad en tanto esta, la violencia, fue agudamente exaltada en dicho período de tiempo (132). Así, la violencia se convirtió en el Perú, más que nunca, en un sinónimo de masculinidad.

Diego Trelles Paz ha comentado al respecto de *Bioy* que esta refleja “cómo es crecer primero con los apagones y el terrorismo y el fuego cruzado de la guerra interna, y luego con la dictadura fujimorista que formalizó la mano dura y lo degradó todo” (“La

Literatura Hispanoamericana, en la Universidad de Texas en Austin con una tesis sobre *Los detectives salvajes* (1998) del escritor chileno Roberto Bolaño. En el 2008 se doctoró en la misma Universidad con una disertación sobre la novela policial antitética en Hispanoamérica. Ha publicado el libro de cuentos *Hudson el redentor* (2001) y las novelas *El círculo de los escritores asesinos* (2005) y *Bioy* (2012). Asimismo, ha editado las siguientes antologías de cuentos: *Zoetrope All Story: The Latin American Issue*, co-editado con Daniel Alarcón (2009), *The Future Is Not Ours: New Latin American Fiction* (2012) y *El futuro no es nuestro. Narradores de América Latina nacidos entre 1970 y 1980* (2008, 2009). *Bioy* ganó el Premio de novela Francisco Casavella en España y fue finalista del Premio Rómulo Gallegos, Venezuela, en el 2013.

³ De igual manera, el Informe nos invita a considerar que muchos varones que durante el conflicto armado interno fueron niños y perdieron familiares durante el mismo, tuvieron que crecer privados de una figura paterna y que, algunos, incluso, tuvieron que asumir el papel de padres, alterando con ello su desarrollo emocional (Comisión de la Verdad y Reconciliación 356).

novela” 2), dejándonos entrever, con esto, cómo el país pasó de un tipo de violencia a otro.⁴ La novela evidencia, pues, la mano dura con la cual gobernó Fujimori y que extendió al tratamiento de las acciones terroristas produciendo, con ello, un incremento de agresividad en la sociedad peruana, en tanto se ha demostrado que a partir de esta se registró en el Perú un aumento de conductas violentas por parte de los varones. Así, el Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación señala que en el Perú, a partir del conflicto armado interno y, especialmente, el gobierno de Alberto Fujimori, “la violencia se ha convertido en un recurso a la mano para enfrentar conflictos, compensar sentimientos de impotencia” (317), esto debido a que “el que todos los actores de la violencia política recurrieran a iguales acciones y métodos transmitió la idea a la población de que eran posibles de ser usados por todos” (9317). La responsabilidad de esta violencia impregnada en la sociedad peruana, le compete directamente al Estado peruano, en tanto que su insuficiente condena de esta permitió que el estilo terrorista y violento con el cual se respondió a sus acciones se reprodujera en la vida social peruana (Comisión de la Verdad y Reconciliación 317).⁵

La narración de *Bioy* inicia contextualizándose en el año de 1986, describiendo las condiciones miserables de una mujer, presunta terrorista, Elsa, quien ha sido torturada y abusada sexualmente múltiples veces, en su calidad de mujer marginada, subalternizada y excluida de los límites de la nación por ser, supuestamente, una terrorista. El relato, que es puntual y preciso en el desarrollo de la tortura perpetrada por “el Mayor quien es siempre el primero en violarla y eso lo enorgullece” (11), le pregunta, sin embargo, al lector “¿Cómo se narra el horror” (11). Esta pregunta hace eco a la atmósfera generalizada que se vivió en Perú durante el conflicto armado interno debido a las acciones no sólo de Sendero Luminoso, sino también a las orquestadas por el Estado peruano. Al inicio del primer gobierno de Fujimori, las operaciones contrasubversivas ampliaron su radio de acción hacia los asentamientos humanos del este de Lima y hacia las universidades nacionales, principalmente La Cantuta y San Marcos. El despliegue incluyó procedimientos de eliminación selectiva y otras formas de violación a los derechos humanos (Comisión de la Verdad y Reconciliación 313). Así, por ejemplo, el 18 de Julio de 1992 se produjo una incursión militar en la

⁴ Fujimori y sus aliados, pues, justificaba esta mano dura como la única solución posible a los problemas del Perú (Burt, “Quien habla” 43).

⁵ El veintinueve de diciembre de 1982 el entonces presidente de la nación peruana, Fernando Belaúnde Terri, cedió el control de nueve provincias a las Fuerzas Armadas peruanas con el fin de que se hicieran cargo de los ataques senderistas que venían perpetuándose por entonces. Esta medida fue emitida a través del decreto legislativo 24150 y normaba, “los estados de excepción en que las Fuerzas Armadas asumen el control del orden interno” y dejaba en manos de los comandos político-militares todas las actividades referidas al control de dicho orden interno (Comisión de la Verdad y Reconciliación 226). Esta medida antidemocrática tomada por Belaúnde Terri sería reproducida por Alan García y Alberto Fujimori durante la lucha que sus gobiernos emprendieron contra el grupo terrorista.

residencia estudiantil de la Universidad La Cantuta que terminó con el secuestro y la desaparición de nueve alumnos y un profesor.⁶ Esta operación fue llevada a cabo por el escuadrón denominado Grupo Colina, que antes del autogolpe de Fujimori había realizado una matanza en el Centro de Lima, en Barrios Altos (Comisión de la Verdad y Reconciliación 319-20).⁷

Durante la narración del proceso de tortura a Elsa, Trelles Paz enumera una serie de acciones llevadas a cabo por los miembros de las fuerzas de seguridad del Estado que están realizando la tortura, que podríamos denominar como masculinas y que son propias de la vida militar: el exceso de cigarrillos (que son apagados posteriormente en los senos de la torturada), la toma de alcohol mientras se tortura, el uso de insultos del tipo “zambo maricón, negro rosquete, mulato mostacero, esclavo come-trolas”⁸ (15). Estos pasajes dejan entrever que la masculinidad militar peruana pasa también por hacer mofa contra las personas de sexualidades y géneros alternativos, contra las personas indígenas o afroperuanas o de aquellas que poseen algún impedimento físico (Bossio 479).⁹

La novela da cuenta que los torturadores de Elsa pertenecen al Ejército Nacional del Perú y que estos, tanto como otros violadores a los derechos humanos, recibieron inmunidad del Estado peruano; como señala el texto, “Belaúnde, García, Fujimori, todos dieron inmunidad, anonimato, silencio cómplice” (22). Así, la narración evidencia la cooperación entre distintos “padres de la patria” y sus representantes, en tanto que especialmente hacia estos practicaron y practican una protección que llega hasta la exención de un comportamiento abusivo, corrupto y delictivo. Un claro ejemplo de esta conducta es la del capitán Sergio Gómez Román en la novela, quien acompaña al Mayor en sus procedimientos de tortura a Elsa y quien es un fiel practicante de las medidas tomadas por el Estado peruano. Sobre él, la novela dice:

⁶ Los cuerpos chamusqueados de las víctimas fueron encontrados, posteriormente, en una tumba clandestina ubicada a las afueras de Lima.

⁷ El 3 de noviembre de 1991, un grupo de hombres armados con ametralladoras irrumpieron en una casa de la zona marginal de Barrios Altos en el centro de Lima. Esta masacre tuvo como víctimas a quince personas, incluyendo a un niño de ocho años. El Grupo Colina también es responsable del asesinato de nueve campesinos en Chimbote y la desaparición de un periodista limeño. Los crímenes cometidos por este grupo fueron cometidos con el consentimiento del entonces presidente Fujimori y de Vladimiro Montesinos (Comisión de la Verdad y Reconciliación 321).

⁸ Término coloquial con el cual en el Perú se designa al pene.

⁹ De acuerdo con Connell, la homosexualidad es considerada como el lugar en el que se coloca todo aquello que ha sido expulsado de la masculinidad hegemónica y nos recuerda que esta se asimila como femineidad (78). El homosexual en Perú es concebido como un hombre afeminado que quiere ser mujer, es escandaloso, es perverso y puede tener relaciones sexuales con muchos hombres y propaga enfermedades. Por todo esto, se considera en el Perú que el homosexual denigra la imagen masculina, en tanto se concibe al mismo como una afrenta y una amenaza a la masculinidad (Cáceres et al. 153).

Sergio Gómez Román, capitán del Ejército Nacional, presunto participante en la desaparición y asesinato de más de cien pobladores de las comunidades de Cayramayo, Vizcatampata, Orcohuasi y Putis; presunto participante en la masacre de ochenta campesinos en Pucayu y de sesenta y nueve en Accomarca; presunto miembro del grupo paramilitar Rodrigo Franco, responsable de las ejecuciones del profesor universitario Ciro Aramburú Villanueva, del periodista Luis Morales Ortega, del abogado Manuel Febres, de los diputados Heriberto Arroyo Mío y Pablo Norberto Li Ormeño; y presunto miembro del grupo paramilitar Colina, responsable de la desaparición y asesinato de nueve estudiantes y un profesor de la Universidad Enrique Guzmán y Valle-La Cantuta, y del asesinato de quince personas en el distrito de Barrios Altos. (23)

Es interesante reconocer que la novela presenta a estos representantes del Estado como seguidores del modelo paternal que el mismo brinda a sus ciudadanos. Lo que resulta perturbador y revelador al mismo tiempo, es presenciar cómo la novela transfiere este mismo paternalismo a la voz de los torturadores de Elsa quienes acompañan el proceso de tortura de la misma con un discurso paternal cuando le dicen, por ejemplo, “Hola, mudita, bienvenida de vuelta [...] Mudita, no seas malcriada, pues [...] Mudita, vamos a dejarte tiza aquí para el caballero” (84-85). Estos pasajes demuestran que, como sostiene Idelber Avelar, la tortura es una fuerza pedagógica y moral que, además, se lleva a cabo en nombre de la ley y el Estado (27). Así, el proceso de tortura de Elsa, presunta terrorista, se convierte en un infligir de dolor en el cuerpo del, presunto, enemigo por parte del Estado quien actúa a través de los miembros de las fuerzas de seguridad, traspasándoles, especialmente en el caso de Fujimori, esa masculinidad militar que lleva a cabo todo con mano dura. El Estado peruano, entonces, fue durante esos años, un padre masculino que educaba y/o castigaba a sus hijos infligiendo dolor en sus cuerpos, que en el caso de las mujeres incluía la violencia sexual.

Como desviación de la violencia masculina del Estado, ejercida por sus representantes, la novela presenta al personaje del cabo Cáceres quien, aunque siendo militar, transgrede esta masculinidad violenta, en tanto consuela a la torturada: “sintió desmayarse mientras la iban golpeando y el mayor, una, dos cachetadas cruzadas: ‘¡Levántese, Cáceres, carajo! ¿O le dan pena estas mierdas?’” (12). El cabo Cáceres aparece en varios momentos de la narración de esta sección, siempre bajo el contexto de los procesos de tortura a Elsa en donde el narrador se contamina con el habla de los torturadores y describe al mismo de la siguiente manera: “¿Cuántos años tendría? No más de veinte. La tersura de su piel canela, la coloración de sus mejillas, el centelleo alocado de sus pestañas, los tristes ojos verdes, su mirar acuoso y compungido, su estoica fragilidad, ¿no eran aquellos los señuelos de su inexperiencia, de su resignación, de su joven pudor?” (31). Notamos que el texto se empeña en subrayar las diferencias físicas y de comportamiento entre el cabo Cáceres y los demás sujetos presentes al momento de la tortura. Las palabras, pues, describen al mismo como un joven delicado y tierno, lo

cual se traduce para el narrador en fragilidad y debilidad, es decir rasgos que no forman parte de aquello considerado como masculino. Ambos rasgos se interpretan, además, como una potencial homosexualidad. La novela, así, consigna diferentes diálogos entre los torturadores, en los cuales, justamente, discuten la presunta homosexualidad del cabo Cáceres, en tanto este no es considerado como masculino por los mismos debido a su comportamiento compasivo con Elsa: “–Cosas del Mayor. Le tiene camote al cabo. Yo tengo la teoría, zambo, de que a Cáceres le gustan los hombres, ¿tú qué piensas? –dijo Gómez” (39).

Esta duda que tienen los torturadores con respecto a la sexualidad del cabo Cáceres se pone a prueba y es refutada, a la fuerza, en la siguiente escena:

Entonces, cabo, dígame con sinceridad, ¿a usted le gusta la detenida?
 – No, mi mayor.
 – ¡¡ Hable como hombre, carajo!! ¿Le gusta o no le gusta la detenida?
 – ¡ No, mi mayor!
 – Qué..., ¿le gustan los hombres, entonces? ¿Es usted rosquete, cabo?¹⁰
 – ¡ No, mi mayor!
 – ¡ No ¿qué?, cabo!
 – ¡ No me gustan los hombres, mi mayor!
 – Muy bien, cabo, qué bueno. Entonces: ¿le gusta o no le gusta la camarada Ruth?
 – ¡ Sí, mi mayor!
 – Eco, cabo, eeeeco. Así se habla. A mí también me gusta la camarada Ruth, está bien rica. ¿Verdad, capitán, que está rica? (42)

Esta cita nos devela que existe una manera de enunciar que es masculina, como podemos notar cuando el Mayor le indica a Cáceres que debe “hablar como hombre” confirmando que la masculinidad requiere ser probada (Kimmel 125). Esta habla masculina, esta prueba de masculinidad, además, debe expresar el gusto por la detenida y debe incluir un habla violenta que coloca al sujeto femenino como objeto al señalar que ella “está rica”. La enunciación en un habla masculina, sin embargo, no es suficiente para demostrar la masculinidad que manda el Estado; el cabo Cáceres, pues, debe justificar su masculinidad a través de la violación y sodomización de Elsa aunque este se rehúse a hacerlo. Su negación, colocaría a Cáceres como alguien que no es un hombre “de verdad”; un soldado debía responder a la solicitud de sus superiores a quienes, como vemos en la siguiente cita, se les muestra también respeto a través de la práctica de esta masculinidad violenta y abusiva:

– Vuelve a desafiarme, hijo de puta, y yo mismo te mato a golpes. Vuelve a avergonzarme, a dejarme mal parado delante de cualquiera, atrévete siquiera a mirarme a los ojos, y lo

¹⁰ Forma despectiva y violenta con la cual se le llama a un homosexual en Perú.

que le hicimos a esa puta no será ni la mitad de lo que te voy a hacer a ti. De acá sales hecho un hombre o no sales, ¡entendiste! Y ahora, carajo, te me dejas de mariconadas. Bájate el pantalón y dale a esa terruca asesina lo que se merece. (Bioy 87)

Esta cita, asimismo, devela que durante el conflicto armado interno, el rol de los miembros de las fuerzas de seguridad del Estado no sólo era el de combatir a los terroristas, sino también el de educar, militarizar y masculinizar a sus miembros, en tanto como se deja ver en la cita consignada; el Mayor se empeña en hacer del cabo Cáceres “un hombre”. De igual manera, a través de la amenaza que le hace el Mayor al cabo Cáceres, el no actuar de manera masculina, es decir el negarse a cometer una violación sexual, colocaría a Cáceres en el mismo lugar que Elsa, la terrorista enemiga. Podemos concluir con esto, entonces, que bajo esta coyuntura, aquel varón que no actuaba de forma masculina, era considerado, hasta cierto punto, un enemigo del Estado peruano.

Cabe mencionar que la novela se empeña en enfatizar a sus lectores que esta violencia masculina tiene como coyuntura el gobierno de Alberto Fujimori cuando la narración se posiciona en un tiempo posterior a la tortura de Elsa, que es el eje de todo el texto, puesto que conocemos a los personajes en su quehacer interrogatorio. En este tiempo, el año 2003, el Mayor Ricardo Franco, ahora recluido en un penal, espera un pacto del ejército con el gobierno de turno, el de Alejandro Toledo, que repita lo sucedido en el gobierno de Fujimori, durante el cual se dieron una serie de leyes para otorgar impunidad a los militares como la “Ley Cantuta” que indica la novela (45).

Si bien todos estos rasgos mencionados hasta ahora son propios del adoctrinamiento militar, y que la tortura de mujeres en distintas partes del mundo pasa por la violencia y la violencia sexual, en el caso del Perú estos rasgos se vieron exacerbados durante el conflicto armado interno al que atendió, especialmente, el gobierno de Fujimori. Mientras estos ocurrieron, la violencia sexual fue utilizada como medio para someter o dominar a las personas, es decir que no se practicó, exclusivamente, como método de tortura, sino como ejercicio de poder del cual no eran receptoras, únicamente, presuntas terroristas, sino también mujeres inocentes que se encontraban en las distintas poblaciones a las cuales ingresaban los agentes de las fuerzas de seguridad del Estado peruano.¹¹ En el libro *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército peruano* (2004), texto en el que el periodista e investigador Ricardo Uceda lleva a cabo una exploración sobre la lucha antiterrorista en el Perú, se recalca el que los agentes del Estado peruano consideraban estas violaciones como un mal menor que prevenía

¹¹ Cabe mencionar que de acuerdo con el Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, los miembros de Sendero Luminoso secuestraron a muchas mujeres con la finalidad de convertirlas en esclavas sexuales (Cap. VI, sección cuartas, Los crímenes y violaciones de Derechos humanos, acápite 1.5 Violencia sexual contra la mujer).

otras violaciones o aberraciones, como el brote del homosexualismo (122). Así, el texto señala, “El sentido común militar no veía en esto una violación sino una contribución a la paz de la base por parte de las senderistas. A cambio, eran bien tratadas” (123).¹² El Estado peruano intentó justificar estas acciones realizadas por los contingentes contrasubversivos alegando al estado de tensión en el que se encontraban estos en su lucha contra Sendero Luminoso. Así, el Estado consideraba que las violaciones a los derechos humanos eran una manera “comprensible” de tomar venganza por la violencia de la que estos eran víctimas (Comisión de la Verdad y Reconciliación 247). Asimismo, observamos que la masculinidad no normativa representaba el gran peligro, la gran amenaza, ante la cual era justificable utilizar la violencia sexual contra la mujer con tal de evitarla. De esta manera, caemos nuevamente en cuenta de que, especialmente, la homosexualidad es una afrenta hacia la masculinidad militar; afrenta, de igual modo, hacia el Estado y la nación peruana.

Por otra parte, Rocío Silva Santisteban, actual Secretaria Ejecutiva de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, investigadora y crítica cultural, nos recuerda que el uso de la violencia política física y sexual por parte de los miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado era una violencia racializada, en tanto señala que estos tratamientos no fueron inflingidos en mujeres “blancas” como es el caso de la bailarina Maritza Garrido Lecca quien fuera capturada junto con Abimael Guzmán (71). Al respecto, Patricia Wiese ha mencionado que las presuntas terroristas cuando eran maltratadas, torturadas o violadas, “junto con el maltrato o la violación, iba el insulto racista: chola asquerosa, chola de mierda, india bruta” (Reportaje sobre mujeres, Video); mostrándonos con esto que los marcadores sexuales de raza (afroperuana, indígena) hacían de los sujetos que los tuvieran, sospechosos y potenciales enemigos.

A lo largo de la novela reaparecen los torturadores de Elsa pero representados en el pasado y también en un tiempo posterior al del conflicto armado interno. En personajes como el Capitán Sergio, el libro da cuenta de la masculinidad enseñada en la Escuela Militar del Ejército y potenciada durante el mismo conflicto. El narrador enfatiza este matiz del personaje al destacar en su narración:

Fumando en la alberca y preguntándole al idiota esas cosas que se preguntan los hombres para reafirmar o descartar su hombría. ‘¿Ya te cachaste a una hembra, Marcos? ¿Ah? Habla, pues, no te me hagas el cojudo ahora. Mira, ven, escúchame

¹² Al respecto, el Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación sostiene que los delitos de violencia sexual “se dieron durante las incursiones de la policía en centros poblados en las zonas de emergencia, pero también en instalaciones como delegaciones policiales y establecimientos penales” (260). Cabe recalcar, sin embargo que si bien las mujeres fueron las principales víctimas de violencia sexual, también algunos hombres detenidos fueron objeto de dicha violencia (Comisión de la Verdad y Reconciliación 365).

bien esto que te voy a decir: a las jermas les gustan los gallos, los faites, los hijos de puta. Tú mandas siempre y ella dice siempre que sí y el día que se atreva a decirte que no me la muelas a golpes. Ya luego le das lo que quiere. Le dices lo siento. La acaricias. Repites todititas las cojudeces que quiera escuchar. Sin vergüenza, Marcos, qué chucha, nadie va a oírte. Si un día la muy puta te desaira, si un día se ahuevona o te responde feo, agárrala del cogote, fuerte, no importa en dónde estés ni con quién, no importa nada, le dices que la próxima vez la matas, ¿me entiendes? (27)

Esta masculinidad pasa por un comportamiento violentamente superior y de control hacia el sujeto femenino con el cual se reafirma la hombría. La hombría, pues, pasa por ser un “hijo de puta” y dar golpes a lo que ni siquiera se denomina como humano, en tanto no se le designa como “mujer” sino como animal, “hembrita”. Con este pasaje, asimismo, se demuestra el que la masculinidad esté siempre bajo el escrutinio de otros hombres. De esta manera, el Capitán Sergio supervisa la masculinidad de Marcos y le señala aquellas cosas que debe hacer para que esta, su masculinidad, sea aprobada (Kimmel 128).

La novela da un giro después de narrar el momento en el que el cabo Cáceres es obligado a violar sexualmente a Elsa. En este momento, por primera vez, en las casi cien páginas narradas, conocemos el nombre de pila de Cáceres. La manera en que el libro enuncia este nombre sirve de introducción para la segunda parte del mismo:

- Bioy... –contesta de pronto el cabo con frialdad, sin levantar la mirada, con una rara palabra que suena extranjera.
- ¡¿Qué mierda has dicho?! –interviene Gómez, curioso, incrédulo, harto ya de toda la situación.
- He dicho Bioy, mi capitán. Mi nombre... Sólo he dicho mi nombre. –Se levanta el muchacho de golpe y, mientras manipula con displicencia la hebilla de su correa, como en una procesión personal, se dirige lenta y resignadamente hacia la mujer. (88)

Este pasaje parece sugerirnos que el cabo Cáceres sólo se convierte en “hombre” –en tanto la narración proporciona al lector su nombre de pila, que es el de un varón– cuando está en vías de perpetuar la violación sexual de Elsa. Es decir que el cabo Cáceres pasa en la novela la prueba que confirma su masculinidad y de ello recibe (merece) el nombre de varón. Así, debemos entender que bajo esta coyuntura el varón sólo es hombre cuando practica la masculinidad sugerida por el Estado peruano, en tanto son sus agentes y representantes quienes maquinan esta denominación. De esta manera, con dicha acción, el cabo Cáceres reivindica su masculinidad, puesto que su comportamiento resulta en lo que este es o no es: es masculino, no es homosexual, no es un terrorista, no es un enemigo.

Este último párrafo de la primera sección de la novela anuncia la transformación que sufre el cabo Cáceres, quien deja de ser llamado así por la narración para ser

interpelado como Bioy. El cabo Cáceres, después de cometer la violación sexual de Elsa, se transforma en Bioy. El cabo Cáceres ha sido penetrado, finalmente, pues, por la masculinidad militar y del Estado peruano para quebrar, para siempre, al joven tierno que le decía bajito a Elsa: —¡Tienes que hablar, Elsa! ¡¡Di algo, por favor, di algo!! (84) para que sus torturadores dejaran de procurarle dolor. Ahora, en la segunda parte de la novela, el cabo Cáceres ya no es tierno, ya no es policía; Bioy consume mucho alcohol y “merca como loco” (97). El narrador de esta sección, que es un policía infiltrado en la banda delictiva que lidera Bioy, “una de las bandas más poderosas y sanguinarias de la ciudad de Lima” (97), Humberto Rosendo Hernández, alias El Macarra, lo describe así: “Lo que veo no es un ex policía caído en desgracia. Bajo esa capa de belleza, tras ese rostro afable de buen ciudadano, hay un tipo oscurecido por algo que me es imposible definir con certeza, algo que me perturba y me quita el aliento y me entumece y fascina precisamente porque me da miedo” (95).

Entonces, nos preguntamos, ¿qué es ese algo que se le escapa al narrador, aquello que oscureció la vida del cabo Cáceres y lo convirtió en Bioy? Quizá sea algo también presente en la vida de Humberto Rosendo Hernández, convertido en El Macarra. Rosendo Hernández, antes de ser policía era un muchacho al cual le gustaba leer, motivo por el cual su padre lo llamaba “maricón,” y quien dejó el sueño de convertirse en escritor para ser uno de los mejores cadetes de la academia militar. Este termina siendo asesinado por su propio jefe de la policía, quien le había encargado infiltrarse en la banda de Bioy, en tanto este, en realidad, estaba vinculado con el narcotraficante Natalio Correa, colaborador de la banda de Bioy. Natalio Correa es, en la novela, un narcotraficante mexicano “propietario, en el corazón de la selva peruana, de cocinas clandestinas, un helipuerto y un ejército de narcoterroristas que lo protegen día y noche” (96). Este le ha enseñado a Bioy que “la única manera de manejar un negocio sucio y millonario en un país ahogado en corrupción y gobernado por el APRA era comprando. Todo tenía un precio. Todo.” (113). Este pasaje da mención al segundo gobierno de Alan García, el cual no distó mucho en corrupción al compararlo con su primer gobierno. Los dos gobiernos de García, junto al de Fujimori son los que orquestaron estos años de descomposición de la masculinidad, especialmente la de aquellos individuos asociados a la vida militar como por ejemplo el Cholo y Mateo, también personajes de la novela y miembros de la banda de Bioy.

Si bien he señalado el cambio dramático que sufrió el cabo Cáceres cuando pasó a ser Bioy, la duda sobre su masculinidad continuó siendo una constante. La novela da cuenta, así, de un episodio en el cual los hombres de Bioy casi matan a golpes a un individuo por poner en tela de juicio la heterosexualidad del mismo:

— ¡Responde, mierda! —gritó desahogado, dispuesto a pelearse—. ¿Se lo pido al rosquete de tu jefe o mejor le hago el servicio? (153)

[...]

De las mechas lo sumergimos en el cagadero mientras le rompíamos la espalda a patadas y a correazos. La tumefacción del rostro sanguinoliento del Johnny era pasmosa pero Martillo no se contuvo: (‘¡Repíte ahora, mierda!, ¡repíte pues conchatumadre lo que dijiste!’) (154)

Con esto notamos que la homosexualidad es, tanto para los representantes del Estado como para los delincuentes que conforman la banda de Bioy, la mayor amenaza y negación de la masculinidad. Así, algo hermana a estos dos grupos antagónicos: su manera de concebir lo masculino los coloca en el mismo espacio y así también la violencia con la cual reaccionan ante el cuestionamiento de la misma.

Lo analizado en las páginas anteriores con respecto a la masculinidad que se fraguó durante los gobiernos de García y Fujimori, y el conflicto armado interno peruano, propiciada desde el Estado peruano, del Estado neopopulista y neoliberalista, además, evidencia que este –el Estado neopopulista (y ahora neoliberalista)– reproduce la exclusión de lo otro, de lo diferente.¹³ Esto debido a que como hemos visto, además de erigirse en contra de los miembros de Sendero Luminoso, terroristas, los agentes de las Fuerzas de Seguridad del Estado también violentaban a los sujetos no masculinos como es el caso del cabo Cáceres, pero también a esos miles de hombres y mujeres pertenecientes a las poblaciones indígenas y quechua-hablantes consideradas como sospechosas. Así, el Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación señala que el 75% de muertos y desaparecidos durante el conflicto armado interno tenía como idioma materno el quechua o alguna otra lengua nativa, por lo que observamos que “existió una evidente relación entre exclusión social e intensidad de la violencia” (22) cuando se trataba de estas poblaciones identificadas por el Estado (blanco y/o mestizo, costeño e hispanohablante) como otredad; y que este, “en vez de proteger a la población [...] del senderismo que la sojuzgaba, [se] actuó como si [se] pretendiera proteger al Perú de esa población” (44).

Observamos, pues, que en el caso peruano, el Estado, por medio de sus representantes y agentes de seguridad, practicó una violencia política extrema, especialmente en aquellas zonas en las que predomina una heterogeneidad étnica, regional, económica y cultural distinta a la hegemónica. El Estado neopopulista y neoliberalista de Fujimori no sólo responde a dicha heterogeneidad apartándola, excluyéndola y procurando la

¹³ En 1993, bajo el gobierno de Fujimori, 117 diplomados fueron despedidos de sus trabajos por ser homosexuales (Bossio 479). Sin embargo, también se amedrentaron a periodistas, políticos de oposición y gobiernos locales que se oponían al gobierno para lo cual se llevaron a cabo los planes Bermuda, Narval y El Pino a través de los cuales, por ejemplo se torturó a la agente Leonor la Rosa (Degregori 75).

homogenización de la misma, sino que la coloca directamente como sospechosa y peligrosa, la abusa y extermina, en algunos casos, de forma masiva.¹⁴

Por otro lado, terroristas, homosexuales, mujeres, indígenas y quechua-hablantes sospechosos conformaron parte de los sujetos de los cuales, especialmente, el gobierno de Fujimori, se sirvió para manipular el miedo y la inseguridad que se vivía en el Perú de los noventas con el propósito de respaldar y perpetuar su régimen autoritario y corrupto. El gobierno de Fujimori fue autoritario y transgresor del estado de derecho y practicó una serie de fraudes, irregularidades y abusos. Su gobierno, pues, fue corrupto en un grado pocas veces visto antes en la historia de la República (Comisión de la Verdad y Reconciliación 309). Por ejemplo, durante el mismo, se amplió la jurisdicción militar a los civiles acusados de terrorismo, se establecieron leyes de amnistía para militares involucrados en matanzas extrajudiciales, se reprimió y amenazó a los periodistas críticos del gobierno y activistas de derechos humanos, y se encarceló de manera indefinida a sospechosos sin acusaciones ni sentencias. El gobierno de Fujimori, asimismo, instauró procedimientos de eliminación selectiva y otras formas de violación a los derechos humanos (Comisión de la Verdad y Reconciliación 313).

El personaje principal de la novela, Bioy, termina sus días agonizando por una herida de bala al lado de un orate llamado Marcos quien está convencido que es hijo de este y de Elsa, la ex-terrorista ahora recluida en un manicomio. Marcos, quien ha vengado a su supuesta madre, asesinando a sus torturadores y violadores, es en realidad hijo de otra terrorista, muy parecida físicamente a Elsa, Myrna. Durante el encuentro entre Bioy y Marcos, el cual cierra las últimas páginas del libro, las cuales son narradas, cabe mencionar, en una segunda persona que se dirige exclusivamente a Bioy, Marcos descubre su supuesta identidad a Bioy y entonces el narrador consigna:

Porque es, entonces, cuando escuchas ese nombre de sus labios, ese tristísimo nombre que te desarma y te paraliza y te devuelve la inocencia y el miedo, esas cuatro letras que abren las puertas clausuradas de tu sombría memoria y te ahogan de pena –por esa mujer enterrada, por ese muchacho enterrado, por ese país enterrado a la vera de sus muertos, país de cadáveres, montañas de cadáveres desnudos bajo la tierra, cadáveres olvidados, cadáveres descompuestos, cadáveres hediondos, pútridos, hechos mierda, cadáveres sin duelo, cadáveres sin Dios, cadáveres perdidos en el limbo eterno de las fosas comunes, unos sobre otros como reses pestilentes, cadáveres vivos, cadáveres amnésicos, cadáveres andantes que no saben que han muerto, cadáveres como el tuyo, cadáveres como el de Elsa, que ha vuelto a la vida por la voz de su hijo, ese despojo humano que repite su nombre y te pregunta angustiado si te acuerdas de ella, cabo

¹⁴ Si bien el sistema de gobierno de Fujimori ha sido caracterizado principalmente como neoliberal, Kurt Weyland y Kenneth Roberts consideran que este, al igual que el de los gobiernos de Carlos Menem en Argentina y Fernando Collor de Mello en Brasil, albergó, a la vez, una política neopopulista y una economía neoliberal (Weyland, “Unexpected” 375; Roberts, “El neoliberalismo” 3).

Cáceres, bájese el pantalón de una vez y déle a esa terruca asesina lo que se merece—, es entonces, Bioy, cuando escuchas otra vez su nombre y vuelves a estar dentro de ella, llorando y queriendo morirte... (300)

Es en este cierre que, me parece, la novela nos permite observar las consecuencias de la propagación social del nuevo modelo de masculinidad constituido a partir de la violencia política, la corrupción y la violación a los derechos humanos practicadas durante los gobiernos de Alan García y, especialmente, el de Alberto Fujimori y su manejo del conflicto armado interno, en tanto que a partir del recuerdo de Elsa —el eje a través del cual los lectores tenemos acceso a la descomposición de la masculinidad del cabo Cáceres, pero también de los distintos sujetos varones que participan en la novela— se devela la disgregación de toda una sociedad que como ella ha sido lastimada, desde el Estado, por dicha masculinidad. Una masculinidad, cabe resaltar, que se gesta en el encuentro de dos sistemas de gobierno, el neopopulista y el neoliberalista. Asimismo, a partir de la visibilización de esta masculinidad, observamos que el sistema de gobierno neopopulista y neoliberalista de Fujimori responde a la heterogeneidad —racial, lingüística, de género y sexual— abusándola y exterminándola, en algunos casos, de manera masiva.

OBRAS CITADAS

- Avelar, Idelber. *The Letter of Violence. Essays on Narratives, Ethics and Politics*. New York: Palgrave Macmillan, 2004.
- Bossio, Enrique. "Interview with a Gay Activist." *The Peru Reader. History, Culture, Politics*. Orin Starn, Carlos Iván Degregori y Robin Kirk, eds. Durham: Duke UP, 1995.
- Burt, Jo-Marie. "Sterelization and its Discontents." *NACLA Report on the Americas* 31/5 (March-April 1998).
- _____. "“Quien habla es terrorista”: The Political Use of Fear in Fujimori’s Peru”. *Latin American Research Review* 41/3 (2006).
- Cáceres, Carlos y Ana María Rosasco. *Secreto a voces. Homoerotismo masculino en Lima: culturas identidades y salud sexual*. Lima: Universidad peruana Cayetano Heredia / REDES jóvenes, 2000.
- Connell, R.W. *Masculinities*. Berkeley: U of California P, 1995.
- Degregori, Carlos Iván. *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Volumen II. Lima: IEP Instituto de Estudios Peruanos, 2000.
- Gutierrez, Miguel. *El pacto con el diablo*. Lima: Editorial San Marcos, 2007.
- Hatun Willakuy. *Versión abreviada del Informe final de la comisión de la verdad y Reconciliación*. Lima: Cooperación gráfica Navarrete, 2005.

- Kimmel, Michael. "Masculinity as Homophobia." *Theorizing Masculinities*. Harry Brod y Michael Kaufman, eds. London, California y New Delhi, 1994.
- Roberts, Kenneth. "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano". *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1998.
- Santisteban Silva, Rocío. *El factor asco: basurización simbólica y discursos autoritarios en el Perú contemporáneo*. Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú, 2008.
- Trelles Paz, Diego. *Bioy*. Barcelona: Ediciones Destino, 2012.
- _____. "La novela policiaca total". Entrevista de Víctor Nuñez Jaime. *El país*. 25 setiembre 2012.
- Uceda, Ricardo. *Muerte en el pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército peruano*. Bogotá: Editorial Planeta colombiana, 2004.
- Weyland, Kurt. "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities". *Studies in Comparative International Development* 31/3 (Fall 1996).
- _____. "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: How Much Affinity?" *Third World Quarterly* 24/6 (2003).
- Wiese, Patricia. *Reportaje sobre Mujeres y conflicto armado*. Ideele Televisión, Instituto de Defensa Legal: Comisión de la Verdad - CVR Perú - Mujeres.